

## ECONOMÍA, CIENCIA E IDEOLOGÍA \*

LEOPOLDO SOLÍS M.

EL ECONOMISTA CONTEMPORÁNEO transita en el filo de una navaja: por un lado aspira a la objetividad, trata de apoyar sus deducciones teóricas con evidencia empírica y, sin darse cuenta, frecuentemente adopta modelos analíticos que intrínsecamente aceptan el estado de cosas vigente. Esto lo lleva, si no a hacer apología del sistema, cuando menos a aceptar el *statu quo*. Por otro lado, comprometido con sus convicciones, generalmente partícipe de una ideología de la igualdad, encuadra sus observaciones en un marco preconcebido, y para ser congruente con su sentido de la equidad, acomoda los hechos dentro de esquemas rígidos.

En consecuencia, el dilema del economista contemporáneo consiste en que deambula inquisitivamente, pero sin instrumentos adecuados, buscando poner orden en una multitud de causas e influencias al parecer anárquicas, o en sujetarse a un determinismo condicionado por las necesidades de la eficacia política.

Permítanme ustedes meditar en voz alta acerca de cómo, en dos siglos de ciencia económica, hemos llegado a este estado de cosas.

Este año (1976) se cumple el segundo centenario de la publicación de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, el libro considerado como el principio de la ciencia económica. Con el clasicismo, iniciado por Smith, empieza una tradición de pensamiento que dominaría las ideas económicas durante buena parte del siguiente siglo y que aún influye en las investigaciones de nuestros días. Los clásicos fueron pensadores que, dedicados a distintas actividades, inclusive la enseñanza, se preocupaban por los problemas de su tiempo, opinaban en materia de política económica, y lo mismo defendían sus puntos de vista en el debate público que en la prensa o en el Parlamento. Sus intentos metodológicos y de generalización respondieron a necesidades analíticas planteadas por los problemas de su

\* Conferencia inaugural leída en El Colegio Nacional el día 10. de noviembre de 1976.

tiempo. De alguna manera esos intentos llegaron a convertirse en un recetario para el hombre de estado.

El análisis practicado por los clásicos fue esencialmente de largo plazo, dinámico. Concebían el desarrollo como el paso de un mundo en evolución a un mundo estacionario. Su idea de la economía se basaba en la división del trabajo resultante de la especialización —que inclusive inducía cambios tecnológicos— en una sociedad constituida por clases sociales: los capitalistas, que suministran el capital físico participante en el proceso productivo y reciben un pago en forma de beneficios; los trabajadores, que venden su fuerza de trabajo y obtienen ingresos apenas suficientes para su subsistencia, anclados en ese nivel por el crecimiento de la población, y los terratenientes, que se adjudican rentas al aportar tierra, concebida como una cantidad fija. Estas clases actúan en una interacción matizada por los conflictos resultantes de sus respectivos intereses.

Los clásicos reflexionaron sobre el valor de los bienes, para lo cual desarrollaron una teoría del valor trabajo. Incluyeron además algunas consideraciones sobre la demanda y el valor del dinero. El verdadero origen del capital físico era la abstinencia del consumo presente y la productividad de los factores la basaban en la división del trabajo.

El análisis clásico se bifurcó en dos grandes vertientes de pensamiento económico que difieren en la medida en que retienen el supuesto de que los conflictos entre grupos sociales son resultado de la propiedad privada de los medios de producción.

En 1867 aparece el primer tomo del *Capital* de Karl Marx, en donde este pensador inicia la exposición de una teoría del equilibrio económico congruente con la evolución histórica de la sociedad capitalista. El mérito del análisis marxista se apoya en la riqueza con que describe la estructura productiva e institucional de la sociedad capitalista. El énfasis se pone en la división de la sociedad en clases: la clase propietaria de los medios de producción y la que sólo posee su fuerza de trabajo. Esta distinción es de esencial importancia para explicar la evolución de la sociedad capitalista en el largo plazo, y permite al marxismo hacer predicciones bastante acertadas en dicho plazo. Marx ve al capitalismo como un sistema económico donde el proceso de acumulación transforma y deteriora la sociedad, produciendo una situación inestable que tiene que dar origen a una organización económica diferente: la socialista. Esta aseveración se mantiene viva hasta nuestros días.

Cabe recordar que las manifestaciones culturales de una sociedad se relacionan con su estructura de clases, la cual depende, a su vez, de las características de producción. De ahí resulta que la situación de los individuos en la sociedad esté determinada por su posición en el proceso pro-

ductivo. Es decir, el proceso social de producción manifiesta una tendencia a cambiar impulsado por la lucha de clases, modificando sus propios parámetros económicos y sociales.

La consideración de estos elementos llevaría más tiempo del que permite la ocasión. Baste señalar ahora que la fuerza del marxismo no radica en su operatividad ni en que conceptualice o resuelva el problema de la asignación óptima de recursos.

El sistema neoclásico, concebido en parte como una defensa del funcionamiento de la libre empresa en una sociedad capitalista, ha puesto el énfasis en desarrollar instrumentos de análisis de gran importancia para entender el uso de los factores productivos, no sólo en la sociedad capitalista, sino también, y de una manera un tanto irónica, en las economías socialistas. A esto volvemos ahora nuestra atención.

Se puede pensar que la otra vertiente del análisis clásico, el neoclasicismo, principia con la revolución marginal iniciada hace un siglo por William Stanley Jevons, Leon Walras y Karl Menger, cuyas respectivas obras, aunque independientes, coincidían en el esquema analítico. El neoclasicismo incorporó al análisis el concepto de utilidad, que se plasma en la teoría de la demanda. Este concepto se complementaría poco después con la teoría de la productividad marginal: ambos avances se habían venido gestando de tiempo atrás. Con la teoría de la demanda fue posible analizar los problemas de corto plazo, lo que dio un fuerte estímulo a este tipo de investigaciones y abrió más las puertas a la operatividad de la economía.

La década de 1870 marca también el punto en que la economía pasa al dominio, casi total, de los profesores universitarios, de los estudiosos profesionales con intereses preferentemente académicos y más o menos alejados de los problemas económicos corrientes y definitivamente orientados a dotar a esta disciplina de generalidad, consistencia y precisión lógica. Esto no sólo le abrió paso hacia la abstracción y las matemáticas, sino que estableció una tendencia cuya eficacia se sigue cuestionando hasta nuestros días: el desbalance entre el reto de corregir deficiencias lógicas, alcanzar llaneza y elegancia teóricas y examinar campos poco conocidos o deficientemente incorporados, frente a la atención a hechos económicos inmediatos que, por lo mismo, pueden resultar rutinarios, repetitivos y carentes de interés. O sea el dilema entre la abstracción, que puede llegar a ser excesiva, estéril y sin importancia, y el examen de hechos cotidianos que, cuando se exagera, se torna mecánico, adormece y aletarga.

Esto no significa que el camino a la abstracción sistemática haya sido fácil. Establecer el sistema de equilibrio general le costó a Leon Walras cuarenta años de exilio y la hostilidad de los economistas formados en una

tradición renuente al desarrollo y al uso cotidiano de la teoría y las matemáticas.

Su triunfo fue resonante, pese a sus restricciones analíticas; recordemos que el sistema de ecuaciones walrasiano constituye un esquema estático, que opera en una situación de competencia perfecta, aplicable en el corto plazo, mientras no se modifique el acervo de capital, y que actúa en condiciones de equilibrio prácticamente instantáneo. Es claro que en esta estructura analítica la distinción de propiedad de los medios de producción afecta poco a la teoría neoclásica del equilibrio general. Por parecidas razones, el neoclasicismo hace caso omiso de las relaciones sociales y económicas entre los seres humanos, en su carácter de proveedores de factores productivos, fuerza de trabajo, tierra y capital; en cambio, destaca las relaciones psicológicas entre los hombres, los factores productivos y los bienes finales, y formula una teoría de la conducta racional y de las decisiones ante determinadas alternativas, aplicable tanto a las familias como a las empresas. Los conceptos de maximización pasaron a constituir el foco central de la teorización económica: maximización de utilidad o preferencias de los consumidores y de beneficios de las empresas; relaciones entre precios relativos y utilidades marginales y entre costos relativos y productividades marginales.

Se ha afirmado que las nuevas teorías de racionalidad económica propiciaron que los economistas pasaran por alto aspectos de la vida real importantes para el análisis económico. Bien fuera porque alcanzar rigor lógico resultó tan arduo que les quedó poca energía para dedicarse a otros quehaceres, o bien porque simplemente se dejaron hechizar por la fascinación del razonamiento abstracto y la creación de un sistema de pensamiento, el hecho indudable es que, por mucho tiempo, la economía neoclásica no fue mucho más allá del desarrollo de una teoría de la opción, de una racionalidad económica estricta entre alternativas, y que ignoró hechos que constituían la preocupación corriente del hombre de la calle. De esta manera, el campo quedó listo para la matematización de la economía, lo que no tardó en ocurrir y fue gradualmente adquiriendo creciente intensidad y difusión. La aplicación sistemática de los principios de maximización dio origen a la investigación de operaciones y los modelos de programación que tanto se utilizan en la administración pública y en el mundo de los negocios. Asimismo, se aplicó a la economía del bienestar, de primordial importancia en el diseño de políticas económicas, sobre todo en lo que se refiere al control o intervención del Estado en la vida económica.

Mucho se ha hablado recientemente de la crisis del neoclasicismo. Cada crisis o desajuste prolongado de la economía mundial provoca renovadas

alusiones a las deficiencias de la ciencia económica; la coyuntura actual no es excepción a esta regla. Pero ahora el clamor se escucha en el ambiente de los economistas académicos y es tan intenso en los círculos de los practicantes de la ortodoxia como fuera de ellos. Se habla del subdesarrollo de la economía, de lo escaso de su contribución a la solución de los más importantes problemas del momento; se escuchan reclamos respecto al excesivo aislamiento de otras disciplinas afines; se apunta que ignora la existencia del poder así como sus consecuencias ideológicas sobre la propia teoría económica; se señala la futilidad que significa construir una gran superestructura teórica basada en débiles fundamentos empíricos y la inconveniencia de armar un aparato teórico que por el procedimiento de supuestos hipotéticos destruye su relación con el mundo real. Como si todo esto fuera poco, se dice, además, que la economía es indiferente al hecho de que cada problema económico práctico constituye una situación histórica dada que no es posible captar mientras el analista se sitúe encuadrado en un esquema conceptual preconcebido.

Quisiera admitir, desde un principio, que comparto estos puntos de vista. Lo menos que se puede decir es que los economistas están muy lejos de alcanzar —en la medida en que son insumos en la investigación económica— un uso óptimo, o siquiera eficiente, de sus recursos disponibles. Basta señalar que, apenas en nuestros días, se está iniciando el análisis económico de los sistemas legales, que desde un principio debía haber constituido tema central en las reflexiones sobre las sociedades humanas y las condiciones del consumo y la producción. No obstante, los cargos enunciados pueden hacer perder de vista otros aspectos menos deplorables, especialmente el hecho de que la crisis actual del análisis económico moderno no es señal de impotencia sino más bien una muestra de vitalidad, de capacidad autocrítica. Sólo es posible superar un paradigma vigente cuando previamente se le pone en entredicho.

Piénsese en lo que se ha logrado en materia de cuantificación de las variables económicas. La contabilidad nacional ha evolucionado hasta formar un verdadero sistema integrado de las cuentas económicas y sociales de los países. Este sistema permite medir los fenómenos económicos, lo que a su vez facilitó el desarrollo de la econometría la cual, aun cuando se apoya en abstracciones, constituye una fuerza sumamente poderosa para acercar la teoría económica a la realidad. Es innegable que el desarrollo teórico de la economía es mayor que el de las técnicas y métodos para la investigación empírica. Pero si bien esto puede ser muestra de excesiva teorización, de teorización sin cuantificación o carente de fundamento empírico, también ha impulsado el avance de los métodos estadísticos. La estadística moderna nació en el campo de las ciencias experimentales, cu-

yas características principales son el control sobre las variables y unidades de experimentación y, lo que es más importante todavía, la medición de las características físicas por unidades materiales. En cambio, la investigación económica necesita medir fenómenos en unidades conceptuales. Esta modalidad ha sido un estímulo para el desarrollo de técnicas y métodos de medición, captación y análisis de variables necesarias en la investigación empírica de la economía. En la captación de información la econometría ha contribuido al desarrollo de las técnicas de muestreo para determinar, entre otras cosas, el nivel del empleo y la estructura de los ingresos y gastos de las familias. En el análisis de las decisiones, la econometría lo ha hecho evolucionar aportando conceptos económicos a su área de interés. El campo de mayor importancia es, sin duda, el de las técnicas de estimación. Una de las limitaciones de las investigaciones económicas empíricas iniciales fue el requerimiento de aditividad de los efectos de las variables independientes sobre las dependientes. Como en las ciencias experimentales se ejerce control sobre las variables, este supuesto no las afectaba, ya que al fijar el nivel de las variables en los experimentos se aíslan los efectos de las interacciones. Pero, como en general experimentar con las variables económicas no es posible, se hizo necesario desarrollar sistemas de ecuaciones donde se incorporaran las interacciones y fue preciso elaborar técnicas para estimar los parámetros de estos sistemas.

Asimismo, la creación de técnicas de estimación de modelos no lineales fue una respuesta a los postulados teóricos que formulaban relaciones de esta naturaleza. Como la solución de convertir sistemas no lineales en lineales no resolvía satisfactoriamente el problema, al desarrollarse los métodos de estimación no lineal se fortaleció la retroalimentación entre la estadística y la teoría económica. La estadística de Bayes permite analizar hechos poco frecuentes e incorporar a la evidencia empírica el conocimiento teórico de los fenómenos económicos, dando por resultado el desarrollo de técnicas específicas para la investigación económica. En las últimas décadas, la necesidad de pronosticar la actividad económica ha dado origen a técnicas de predicción más refinadas, a la construcción de modelos econométricos bastante desagregados, y al desarrollo de criterios para evaluar la eficacia de los pronósticos y de los modelos utilizados para formularlos.

No puede dejarse de señalar que el progreso alcanzado ha estado lleno de escollos y frustraciones. Avances que parecían constituir progresos firmes, si no es que verdaderos torrentes de nuevos conocimientos, resultaron con frecuencia estériles. De la misma manera, progresos metodológicos que prometían tener efectos verdaderamente revolucionarios, al confrontarse con la realidad dieron modestos resultados. Al tratar de aplicarlos adquieren

un grado tal de complejidad que tornan el método prácticamente inmanejable. Tal es el caso de la teoría de los juegos; otro tanto ocurre con los ejercicios de simulación.

Pero entonces ¿cómo es posible que a pesar de los avances mencionados se repita contra la economía neoclásica el cargo de que está en crisis cuando, aun para los bien informados, es difícil juzgar el balance adecuado entre la teoría con verificación empírica y teorización sin cuantificación y cuantificación sin teoría? Dos razones se pueden aducir para explicar ese pesimismo: la crítica interna a la lógica del sistema y las esperanzas, que resultaron infundadas, de que se había llegado al punto de controlar realmente la actividad económica y eliminar los ciclos económicos. Ambos aspectos aparecieron como resultado del movimiento iniciado en 1936 por John Maynard Keynes, con su libro *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. El primer aspecto, conocido como la controversia sobre la teoría del capital, dio como resultado el descrédito de la función de producción agregada —excepto para empresas de la misma rama industrial o de pequeños segmentos de la economía— y puso en duda buena parte de la macroeconomía teórica y aplicada, debilitando el análisis, de por sí pobre, de las fuentes del crecimiento económico y de la participación de los factores productivos en la distribución del ingreso. El segundo aspecto corresponde a las teorías y prácticas de manejo de la demanda agregada que emanaron de la Gran Depresión. Estas teorías dieron pie a políticas de pleno empleo que, al intentar aplicarse en la prosperidad de la posguerra para minimizar el desempleo, resultaron en interacciones del sistema, y dieron lugar a vigorosas presiones inflacionarias, las cuales resultaron en políticas de control que a su vez provocaron precisamente un mayor desempleo.

La economía neoclásica no es capaz de explicar la evolución histórica del capitalismo; pierde fuerza conforme se alarga el plazo del análisis, se agregan variables económicas o se modifica la estructura subyacente. El marxismo, por su parte, poco nos dice sobre el funcionamiento diario o sobre la asignación eficiente de los recursos en una economía. ¿Qué puede uno esperar actualmente de estos dos enfoques distintos aunque paralelos? Quizás la apta metáfora de Duncan Foley permita aclararlo. Cuando uno viaja de México a Querétaro, por la carretera de cuota, pocos kilómetros después de la primera caseta de cobro, casi en la desviación a Huehuetoca, el terreno se observa ondulado por unas colinas de suave pendiente. Esas colinas en parte están sembradas de milpas y magueyeras, aunque también hay algunos pirús y nopales. También hay uno que otro encino respetado por la depredación forestal. El turista observador apreciará una serie de manchas blanquecinas a flor de tierra, de arena poblada de rocas o geyse-

ritas, indicio, para el geólogo, de que pese a la continuidad del paisaje se transita sobre la falla de Chapala-Acambay, fractura de capas geológicas en la que una se inserta con increíble violencia sobre la otra cambiando mutuamente de forma y doblándose ambas al ceder su resistencia. El analista de la superficie, geógrafo o topógrafo, tendrá una visión incompleta y, por lo tanto, parcial del lugar, diferente de la del geólogo que, dicho sea de paso, también peca de incompleta. La visión de la falla ha venido a aclararse conforme ha sido posible obtener una mejor perspectiva del terreno, primero con fotografías tomadas en vuelos de altura y después con impresiones captadas desde un satélite. La mejor perspectiva y un instrumental técnico más refinado han permitido describir y explicar más satisfactoriamente la superficie del terreno y la falla, así como las características del uno y de la otra.

De manera análoga, la ciencia económica lleva largo tiempo buscando una teoría más general que comprenda el equilibrio global del neoclasicismo junto con la conciencia histórica del marxismo, es decir, una teoría que ilumine los puntos oscuros —al menos los más importantes— de ambas, que integre el corto con el largo plazo, la estática con la dinámica; que ilumine el análisis neoclásico con la descripción institucional histórica; que fortalezca el marxismo detallando y concretando el funcionamiento en el corto plazo y que especifique condiciones de equilibrio y eficiencia en las operaciones cotidianas. Pero cabe preguntar si por ventura el economista dispone ya de la perspectiva y el instrumental metodológico para integrar las dos teorías, a lo que se podría responder que aún se está lejos de haber construido el equipo de vuelo y el fotográfico, de contar con el satélite y de usarlo.

Un avance de semejante naturaleza permitiría llegar a un cierto acuerdo respecto a importantes preguntas sobre la ciencia económica y sus métodos de investigación y demostración. Recordemos con Thomas S. Kuhn, en su *Estructura de las revoluciones científicas*, que la crisis científica es un preludio del surgimiento de nuevas teorías, que deben conservar la habilidad concreta de resolver problemas, adquirida mediante los paradigmas anteriores.

Después de esta larga historia, uno podría preguntarse: ¿dónde quedan situados los economistas latinoamericanos? La escuela más influyente, la estructuralista, asociada a Raúl Prebisch, el economista argentino, parte de un planteamiento híbrido. Sobre la base de una penetrante descripción institucional, los estructuralistas incorporaron los conflictos entre grupos sociales, analizaron las relaciones de dependencia y hegemonía entre los países y utilizaron selectivamente la teoría económica moderna. Sin embargo, prestaron poca atención al juego del sistema de precios relativos y a las variables financieras, áreas bien analizadas en la ortodoxia neoclá-



sica. Su mismo éxito contribuyó a su declinación, ya que sus prédicas de política económica, al ser llevadas a la práctica, evidenciaron sus limitaciones, debido, una vez más, a que las interacciones del sistema pusieron en entredicho la bondad de algunos de sus aspectos normativos. Ése fue el caso de la sustitución de importaciones. Cuando se empezó a señalar el agotamiento de ésta como motor del desarrollo aún se estaba lejos de alcanzar los objetivos de atenuar la dependencia externa o mitigar el desempleo. En realidad, estos problemas sólo habían cambiado de forma. Mientras tanto, se habían violado en el dominio de los precios y el dinero reglas de política económica que cualquier economista ortodoxo hubiera previsto claramente, y se produjeron reacciones indeseables que obligaron a cuestionar todas las bases del esquema estructuralista. En economía, el cuerpo social es un ser mutante y las recetas incompletas producen las más desagradables sorpresas. Por otra parte, una vez vencida la resistencia inicial a esos planteamientos, el análisis neoclásico fue capaz primero de absorber, y después de precisar los límites lógicos del nuevo esquema analítico, que fue quedando así englobado en el cuerpo de doctrina de la economía tradicional.

La escuela estructuralista constituyó un intento de combinar la descripción institucional, el juego de conflictos sociales, con el uso de la economía agregada moderna, según fue desarrollada por el keynesianismo y el poskeynesianismo. Y aunque no llegó a formar un verdadero sistema de pensamiento, inauguró una tradición que es preciso conservar: combinar el rigor lógico con la preocupación institucional. El reto al que se enfrenta la actual generación de economistas latinoamericanos, ante la presente crisis de la teoría económica, es el de hacer un renovado intento de comprender las peculiaridades de nuestra realidad social y proponer caminos efectivos frente a las grandes carencias e injusticias que en dicha realidad se observan. Para eso, el economista latinoamericano no debe rechazar la teoría, sino teorizar más y mejor, basándose e inspirándose en las dos corrientes dominantes de pensamiento económico. Es decir, en una teoría más general, fundamentada en una cuidadosa descripción institucional, construida con consistencia lógica y confrontada constantemente con la evidencia empírica. El neoestructuralismo, si es que se le puede llamar así, debería incorporar y mejorar las dos corrientes dominantes sin debilitar su respectivo poder explicativo.

He recorrido un largo camino para describir a ustedes algunos vericuetos de la economía, de una ciencia que adolece de los defectos de ser joven. Pero deseo tratar de explicar también que algunos cargos que se le hacen hoy en día rebasan los confines trazados por las limitaciones del conocimiento económico. Se afirma que los economistas no coinciden jamás en

sus opiniones y que su mayor participación actual en la formulación y desempeño de la política económica mexicana coincide con el deplorable estado de la economía nacional. No hay nada de sorprendente en el hecho de que, si se interroga a economistas de distintas escuelas y aptitudes, se obtengan respuestas diferentes a preguntas similares. Así como es necesario conocer las cualidades de cada quién y tener claros los objetivos de cada política, también es preciso que los economistas sean más responsables al emitir juicios, que sean claros y expongan todas las implicaciones de lo que recomiendan. Entonces se verá que, si las preguntas se plantean como es debido, el campo de acuerdo entre los economistas es, en realidad, muy amplio y las diferencias menos sustanciales de lo que parecen.

La economía, a fin de cuentas, es un instrumento, nunca un sustituto, de una clara ideología política.

#### BIBLIOGRAFÍA

- William J. Baumol y Ralph Turvey. *Economic Dynamics*, The Macmillan Company, London, 1959.
- Mark Blaug. *The Cambridge Revolution: Success or Failure?* The Institute of Economic Affairs, Hobart Paperback No. 6, London, 1975.
- . "Was There a Marginal Revolution?" en *The Marginal Revolution in Economics*, ed. por R. D. Collinson Black, A. W. Coates y D. W. Goodwin. Duke University Press, Durham, N. C.
- Duncan K. Foley. "Towards a Marxist Theory of Money." Technical Report No. 185. *The Economic Series*. Institute for Mathematical Studies in the Social Sciences, Stanford University, Stanford, Calif. 1975.
- Giampiero Franco. "Crisis of Economics or Crisis of Economists" en *Rivista di Politica Economica, Selected Papers*, Milán, 1973.
- Celso Furtado. *Dialéctica del Desarrollo*. FCE, México, 1969.
- . *Teoría y Política del Desarrollo Económico*. Siglo XXI, eds. 1969.
- John K. Galbraith. "Power and the Useful Economist." Presidential Address A. E. A. diciembre, 1972, en *American Economic Review*, marzo, 1973.
- Maurice Godelier. *Teoría Marginalista y Teoría Marxista del Valor y de los Precios: Algunas Hipótesis*. Cuadernos de Nuevo León. No. 4, diciembre-enero, 1966, Monterrey, N. L.
- Walter W. Heller. "What's Right with Economics." Presidential Address, A. E. A. Diciembre, 1974, en *American Economic Review*, marzo, 1975.
- John R. Hicks. *The Crisis in Keynesian Economics*, Yrjo Jahnsson Lectures, Basil Blackwell, Oxford, 1975.
- Serge C. Kolm. "Leon Walras. Correspondence and Related Papers: The Birth of Mathematical Economics." *American Economic Review*, 1968.
- Thomas S. Kuhn. *La Estructura de las Revoluciones Científicas*, FCE, Breviarios 213, 1975.

- Oskar Lange. "Marxian Economics and Modern Economic Theory", en *Marx and Modern Economics*. David Horowitz, Ed. Mac-Gibbon and Kee, Ltd. London, 1968.
- Wasily Leontief. "Theoretical Assumptions and Nonobserved Facts." Presidential Address A. E. A. Diciembre, 1970, en *American Economic Review*, marzo de 1971.
- William F. Lucas. "An overview of the Mathematical Theory of Games", en *Management Science*, January, 1972.
- Ronald L. Meek, "Marginalism and Marxism", en *The Marginal Revolution in Economics*, ed. por R. D. Collinson Black, A. W. Coates y D. W. Goodwin, Duke University Press, Durham, N. C.
- Ronald L. Meek. *Economía e Ideología*, ed. Ariel, Barcelona, 1972.
- E. H. Phelps Brown. "The Underdevelopment of Economics", Presidential Address, R. E. S. julio de 1971, en *Economic Journal*, septiembre, 1971.
- Raúl Prebisch. "Crítica al Capitalismo Periférico", Revista de la CEPAL, Primer Trimestre de 1976. CEPAL, Santiago de Chile, 1976.
- Raúl Prebisch. "El Patrón Oro y la Vulnerabilidad Económica de Nuestros Países", *Jornadas No. 11*, Centro de Estudios Sociales, El Colegio de México, 1946.
- Joseph A. Schumpeter. *History of Economic Analysis*. Oxford University Press, 1954.
- George J. Stigler. *Essays in the History of Economics*. The University of Chicago Press. Chicago, 1965.
- G. D. N. Worswick. "Is Progress in Economic Science Possible?" Presidential Address, F. Section, British Association, September, 1971. *Economic Journal*, septiembre, 1971.